

Pero su lectura de Salinas difiere tanto de la mía que parece que estamos refiriéndonos a dos poetas distintos.

State University of New York at Buffalo

CARLOS FEAL

Félix de Azúa. *Salidas de tono. Cincuenta observaciones de un ciudadano*. Barcelona, Anagrama, 1996, 217 pp.

A lo largo de más de veinte años, el escritor Félix de Azúa ha ido publicando artículos ensayísticos en la prensa diaria, principalmente en *El País* y en revistas de divulgación cultural. En *Salidas de tono* se recogen una serie de ensayos breves, no ordenados cronológicamente en cuanto a su respectiva aparición pública, sino subordinados a una problemática concreta, en función de criterios alfabéticos de los temas tratados. Como el mismo Azúa reconoce en el primer apartado, dichos artículos intentan reflejar fielmente el testimonio de una vida pasada, aunque lo ahí expuesto con cierta precipitación continúe poseyendo alguna vigencia actual. Lo más sobresaliente de los ensayos recogidos en *Salidas de tono* es la reconstrucción de un lenguaje capaz de expresarse en contra de la corriente y del orden establecido, al que se le intenta socavar desde los márgenes, vacíos y ausencias subversivas. El conjunto de estos escritos de Azúa no constituye un texto sistemático, sino más bien una serie de vicisitudes repletas de fragmentariedad, que no estropea la lectura, sino que, por el contrario, la facilita, diseminando una pluralidad de focalizaciones sobre el enredo radical de la tardomodernidad. Utilizando dicha estrategia retórica, en *Salidas de tono* se critica duramente a la civilización occidental en términos generales y se llega a desenmascarar los poderes humillados ejemplificados en gobiernos convertidos en meros administradores del terror ajeno que organizan su maquinaria ejecutiva bajo la forma de un latrocinio en cadena, protegido por un espeso ejército de gendarmes, cada vez menos distinguibles de algunos delincuentes. A este respecto, Azúa piensa que la eficacia como único criterio político borra la separación entre terror de Estado y violencia ejercida por grupúsculos marginales.

En *Salidas de tono*, el desvelamiento de lo que se encuentra detrás de convicciones asumidas por una mentalidad conformista no queda reducido al análisis de la praxis de la tardomodernidad, en términos generales y aplicado al mundo occidental. Varios artículos de esta recopilación de ensayos se concentran sobre todo en acontecimientos políticos y culturales de España y más concretamente todavía hay referencias explícitas al caso del nacionalismo catalán, convertido en objeto de críticas directas e implacables por parte de Azúa. A dicho escritor le parece obsoleto que a finales del siglo xx se esté todavía defendiendo un esencialis-

mo nacionalista divulgador de la propia función del lenguaje como revelador de la realidad de la vida. En este contexto y según el razonamiento seguido por Azúa, conviene aludir al hecho de que la utilización que se hace del habla va encaminada a dominar y controlar, al mismo tiempo que se encubren intereses fácticos y se disimulan explotaciones masivas peligrosas. Abiertamente en *Salidas de tono* se lee que el nacionalismo está fomentando la adhesión ciega, la retórica enmascaradora, el culto a la personalidad, la exaltación de lo mediocre y lo vil, la restauración de un poder oligárquico con tejes de creciente demagogia, el narcisismo y hasta la adulación de la barbarie. Se trata de una irracionalidad controlada y utilizada desde el poder económico que conduce a una sociedad civil humillada por la conciencia de su propia deshonestidad. No obstante, a pesar de los ataques frontales y directos contra el discurso nacionalista, Azúa no tiene reparo alguno en defender los intereses de Cataluña, sin por ello convertirse en un nacionalista excluyente, ni tampoco recurrir a la reivindicación de un esencialismo que suele expresar una moral de derrota. Frente a tal esencialismo, en *Salidas de tono* se reconoce que en una democracia no importa lo que uno es, sino lo que uno hace, ya que el volante no compra ontología, sino dinámica. La crítica de Azúa al esencialismo no sólo está en consonancia con lo desarrollado ensayísticamente por diversos pensadores catalanes, entre los que sobresalen Eduardo Subirats, Miguel Morey y hasta el mismo Eugenio Trías, sino que contrasta con el discurso simpatizante hacia el nacionalismo ostentado por Albert Balcells en la exposición del desarrollo de acontecimientos históricos evidenciada en *El nacionalismo catalán* (1991). En contrapartida a las connotaciones entusiastas y hasta triunfalistas del discurso racionante de Balcells, en *Salidas de tono* abiertamente se afirma que la imagen oficial de Cataluña es folclórica, ochocentista y de un pintoresquismo clerical hipócrita. Tal concepción nacionalista, ideológica y mitómana aun no ha abandonado el siglo XIX, cuando, de hecho, muchos empresarios, investigadores y universitarios catalanes luchan por entrar en el siglo XXI. Basándose en tal apreciación crítica, Azúa se ve obligado a admitir que un país cuya casta política dominante lleva un retraso cultural de doscientos años respecto al ámbito imaginario de su población más joven es un país peligroso.

El discurso textual desenfrenado y provocador de *Salidas de tono* se encuentra en consonancia con lo expuesto diegéticamente en la narrativa del propio Azúa, escritor que se resiste a caer víctima de espejismos falsificadores de una realidad diferente a la ostentada por discursos ideológicos aprobados en máscaras encubridoras. La multiplicidad fragmentaria de perspectivas bajo las que se enfoca la temática variada de *Salidas de tono* no sólo se opone a cualquier tipo de certeza sólida y monolítica que impulse a actuar unidimensionalmente, sino que llega hasta desenmascarar la apariencia de actos libres que, en realidad, son necesarios y están determinados como consecuencia de la imposición de

vías irracionales, incapaces de atenerse a las exigencias de un raciocinio conceptual riguroso y serio. La riqueza de planteamientos teóricos en la línea discursiva, de signo desenmascarador, seguida por Azúa, no queda deslucida, a pesar de la brevedad y discontinuidad lógica de los artículos ensayísticos recopilados en *Salidas de tono* y dirigidos a impedir la trituración de toda capacidad de juicio crítico, todavía presente en una tardomodernidad, en la que resuenan escritos como los de Azúa con claridad y contundencia insubordinada a cualquier tipo de poder fáctico, considerado como irreversible e impuesto. Ante la amenaza de un fatalismo resignado, en *Salidas de tono* se apuesta por un optimismo defensor de causas aparentemente perdidas y de seres humillados y ofendidos, para los que se reivindica una merecida justicia, todavía no lograda.

Wayne State University

FRANCISCO JAVIER HIGUERO

Demetrio Estébanez Calderón, *Diccionario de términos literarios*. Madrid, Alianza Editorial, 1996, 1134 pp.

No resulta fácil reseñar una obra de consulta como este *Diccionario*, pues siempre queda el temor de no hacer la justicia debida a un trabajo de carácter excepcional que ha requerido de su autor solidísimos y amplios conocimientos de base y una ingente labor de más de diez años.

Sin embargo, la obra no fue concebida desde el principio con propósitos tan ambiciosos como los que ha terminado por cubrir. En 1983 el profesor Estébanez Calderón ideó un proyecto didáctico íntimamente ligado a su labor docente como profesor de lengua y literatura españolas de Enseñanza Secundaria: elaborar una serie de cuadernos que facilitasen a los estudiantes la realización de comentarios de textos literarios. Tales cuadernos, que contenían una información especial sobre los géneros literarios, los conceptos más importantes de retórica, métrica y otras disciplinas, obedecían a la intención de fomentar la autonomía en la formación del alumnado; trataba su autor que sirvieran de estímulo a los estudiantes para desarrollar su destreza en la búsqueda de información y en la consulta de fuentes, y de manera simultánea contribuyeran a ir haciendo menos necesario el amparo constante del profesor en la realización de estas actividades de iniciación a la investigación y la interpretación de textos literarios.

Más adelante, en cambio, el trabajo de Estébanez Calderón fue cobrando mayor envergadura, hasta que, en 1986, decidió elaborar un diccionario de términos literarios. Se propuso entonces revisar y actualizar los contenidos temáticos de lo que se denomina la Ciencia de la Literatura y hacer asequibles de forma sintética a los futuros lectores los avances que se habían producido en este campo. Sus objetivos afortunadamente se logran con creces, y no sólo por el rigor con que ha acometido